

UN PREDICADOR DE ENTRE LOS MUERTOS

Volumen 1 – Sermón No. 143

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 26 DE JULIO DE 1857,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***"Más Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán, aunque alguno se levantara de los muertos".
Lucas 16:31***

El hombre es muy reacio a pensar mal de sí mismo. La mayor parte de la humanidad es muy propensa a excusarse por el pecado. Dicen: "Si hubiéramos vivido en tiempos mejores, habríamos sido mejores hombres. Si hubiéramos nacido en este mundo bajo una supervisión más feliz, habríamos sido más santos. Y si hubiéramos sido colocados en circunstancias más excelentes, habríamos estado más inclinados a tener razón." La mayoría de hombres, cuando buscan la causa de su pecado, la buscan en cualquier lugar menos en el lugar correcto. No culparán a su propia naturaleza por ello. No encontrarán la culpa en su propio corazón corrupto, sino que echarán la culpa a otra cosa.

Algunos de ellos encuentran fallas en su peculiar posición. "Si", dice uno, "hubiera nacido rico, en lugar de ser pobre, no habría sido deshonesto". "O si", dice otro, "hubiera nacido en la edad media, en lugar de ser rico, no habría estado expuesto a las tentaciones de lujuria y orgullo que tengo ahora". Pero mi condición es tan adversa a la piedad, que el lugar que ocupó en la sociedad me obliga a ser todo menos lo que debería ser". Otros se dan la vuelta y encuentran fallas en toda la sociedad. Dicen que todo el organismo de la sociedad está equivocado. Nos dicen que todo en el gobierno, todo lo que concierne al Estado, todo lo que funde a los hombres en mancomunidades es tan malo, que no pueden ser buenos mientras las cosas sean como son.

Deben hacer una revolución, deben perturbar todo... ¡y luego piensan que pueden ser santos! Muchos, por otro lado, echan la culpa a su formación. Si no hubieran sido educados así por sus padres, si no hubieran estado tan desprotegidos en su juventud, no habrían sido lo que son. Es culpa de sus padres. La culpa del pecado se echa a su padre o a su madre. O es su formación. Escúchalos hablar por sí mismos, "Si tuviera un temperamento como Fulano de Tal, ¡qué buen hombre sería! Pero con mi actitud testaruda es imposible. Está muy bien que

me hables, pero los hombres tienen diferentes maneras de pensar, y mi manera de pensar es tal que no podría ser un personaje serio".

Y así le echa la culpa a su formación. Otros van más lejos y le echan la culpa al ministerio. "Si", dicen, "en algún momento el ministro hubiera sido más serio en la predicación, yo habría sido un hombre mejor. Si hubiera tenido el privilegio de sentarme bajo una doctrina más sólida y oír la Palabra predicada más fielmente, habría sido mejor". O bien les echan la culpa a los maestros de la religión y dicen, "Si la Iglesia fuera más consistente, si no hubiera hipócritas ni formalistas, entonces deberíamos reformarnos". Ah, señores, están poniendo la silla de montar en el caballo equivocado, están poniendo la carga en el lomo equivocado.

La culpa está en sus corazones, en ningún otro lugar. Si sus corazones se renovaran, estarían mejor. Pero hasta que eso se haga, aunque la sociedad se remodelara a la perfección, si los ministros fueran ángeles y los maestros de la religión fueran serafines, no seríais mejores. Y teniendo menos excusas para su pecado, serían doblemente culpables y perecerían con una destrucción más terrible. Pero aun así los hombres siempre dirán que si las cosas fueran diferentes también lo serían, pero la diferencia debe notarse en sí mismos para que puedan empezar en el lugar correcto.

Entre otros caprichos que han ocurrido a la mente humana, uno como el de mi texto puede haber surgido a veces. "Si", dijo el rico en el infierno, "si uno se levantara de la muerte, si Lázaro fuera del cielo a predicar, mis duros hermanos se arrepentirían". Y algunos han dicho: "Si mi anciano padre o algún venerable patriarca pudiera levantarse de entre los muertos y predicar, todos nos volveríamos a Dios". Esa es otra forma de echar la culpa al lugar equivocado. Nos esforzaremos, si podemos, en refutar una suposición como la de esta mañana y afirmaremos con fuerza la doctrina del texto, que, "Si no oyen a Moisés y a los Profetas, tampoco se persuadirán, aunque uno se levante de los muertos". Procedamos con este tema.

Supongamos que un predicador viene de otro mundo para predicarnos, naturalmente debemos suponer que viene del Cielo. Ni siquiera el hombre rico pidió que él o alguno de sus compañeros en el tormento saliera del infierno a predicar. Los espíritus perdidos y entregados a una maldad indecible no podían visitar esta tierra. Y si lo hicieran no podrían predicar la verdad, ni guiarnos por el camino del cielo que ellos mismos no han recorrido. El advenimiento de un espíritu condenado en la tierra sería una maldición, una plaga, una explosión fulminante, no tenemos que suponer que tal cosa nunca ocurrió o podría ocurrir.

El predicador de otro mundo, si es que puede venir, debe venir del Cielo. Debe ser un Lázaro que yació en el seno de Abraham, un ser puro, perfecto y santo. Ahora, imaginen por un momento que tal persona ha descendido a la tierra. Supongamos que mañana escuchamos una noticia repentina: que un venerable espíritu que había estado escondido durante mucho

tiempo, rompe su mortaja, levanta la tapa de su ataúd y ahora está predicando la Palabra de Vida. ¡Oh, qué prisa habría para oírle predicar! ¿Qué lugar en este amplio mundo sería lo suficientemente grande para albergar sus enormes congregaciones? ¿Cómo se apresuraría a escucharlo! ¿¿Cuántos miles de retratos se publicarían de él, representándolo en el temible velo de la muerte, o como un ángel recién llegado del cielo?

Oh, ¿cómo se movería esta ciudad, y no sólo esta ciudad, sino toda la tierra? Las naciones más remotas pronto escucharían las noticias. Y cada barco se cargaría con pasajeros que traerían hombres y mujeres para escuchar a este maravilloso predicador y viajero, que había regresado del arroyo desconocido. ¡Y cómo lo escucharían! ¡Y cómo mirarían solemnemente a ese espectro sobrenatural! ¡Y cómo sus oídos estarían atentos a cada una de sus palabras! Su sílaba más débil sería capturada y publicada en todas partes del mundo, ¡las palabras de un hombre que había estado muerto y está vivo otra vez! Y somos muy propensos a suponer que, si tal cosa sucediera, habría innumerables conversiones, pues seguramente las congregaciones así atraídas serían inmensamente bendecidas.

Muchos pecadores empedernidos serían llevados a arrepentirse. Cientos de cabestros se decidirían y se haría un gran bien. ¡Ah, detente! Aunque la primera parte del sueño de hadas debería ocurrir, la última no. Si alguien se levantara de la muerte, los pecadores no se arrepentirían más por su predicación que por la de cualquier otro. Dios podría bendecir tal predicación para la salvación, si así lo quisiera. Pero en sí misma no habría más poder en la predicación de los muertos amortajados, o del espíritu glorificado, que el que hay en la predicación del hombre débil hoy en día. "Aunque alguno se levantara de los muertos, no se arrepentirían".

Pero, aun así, muchos hombres supondrían que las ventajas surgirían de la resurrección de un santo que pudiera dar testimonio de lo que había visto y oído. Ahora, las ventajas, supongo, podrían ser sólo tres. Algunos dirían que habría ventajas en la fuerza de la evidencia que tal hombre podría dar a la Verdad de las Escrituras. Porque usted diría: "Si un hombre viniera realmente de la ciudad perlada de Jerusalén, la casa de los benditos, entonces no habría más disputa sobre la verdad del Apocalipsis. Eso estaría resuelto". Algunos suponen que podría decirnos más de lo que Moisés y los Profetas nos han dicho, y que habría una ventaja en la instrucción que podría conferir, así como en las pruebas que soportaría.

Y, en tercer lugar, puede que haya algunos que supongan que sería una ventaja por la forma en que hablaría. "Porque seguramente", dicen, "hablaría con gran elocuencia, con un poder mucho más grande y con un sentimiento más profundo, que cualquier predicador común que nunca ha contemplado las solemnidades de otro mundo". Ahora, estos tres puntos uno tras otro y creemos que los resolveremos.

1. En primer lugar, se cree que, si uno viniera de la muerte a predicar, habría una CONFIRMACIÓN DE LA VERDAD DEL EVANGELIO y un testimonio en el que infidelidad burlona se quedaría horrorizada en silencio. Basta, ya lo veremos. No creemos que sea así. Creemos que la resurrección de un hombre muerto hoy para venir a esta sala y predicar, no sería una confirmación del Evangelio para ninguna persona aquí presente que aún no lo crea.

Si, amigos míos, el testimonio de un hombre que ha resucitado de entre los muertos tuviera algún valor para la confirmación del Evangelio, ¿no lo habría usado Dios antes? Este será mi primer argumento. Es indudablemente cierto que algunos han resucitado de la muerte. Encontramos relatos en la Sagrada Escritura de algunos hombres que, por el poder de Cristo Jesús, o a través de la instrumentalidad de los Profetas, resucitaron de entre los muertos. Pero notaréis este hecho memorable, que ninguno de ellos pronunció una sola palabra que quedo registrada para contarnos lo que vieron mientras estaban muertos.

No entraré en ninguna discusión sobre si sus almas durmieron durante el tiempo de su muerte, o si estaban en el cielo o no. Sería una discusión sin beneficio, sólo disputas de género que no darían ningún fruto. Sólo digo que es memorable que no hay registro de que ninguno de ellos haya dado alguna descripción de lo que vieron mientras estaban muertos. ¡Oh, qué secretos podría haber contado, quien había yacido en su tumba durante cuatro días! ¿No crees que sus hermanas lo interrogaron? ¿No crees que le preguntaron qué vio, si había estado ante el trono ardiente de Dios y había sido juzgado por las cosas hechas en su cuerpo y si había entrado en reposo?

Pero, por más que hayan preguntado, es seguro que no dio ninguna respuesta, porque si hubiera dado una respuesta ya lo sabríamos. La tradición habría conservado el registro. ¿Y recuerdas cuando Pablo predicó una vez un largo sermón, incluso hasta la medianoche? Había un joven en el tercer piso llamado Eutico que se durmió y se cayó y fue recogido muerto. Pablo bajó y oró y Eutico volvió a la vida. Pero, ¿se levantó Eutico y predicó después de haber venido de la muerte? No. El pensamiento nunca parece haber impactado a una sola persona en la asamblea.

Pablo continuó con su sermón y se sentaron y le escucharon y no les importó un comino lo que Eutico había visto. Porque Eutico no tenía nada más que decirles de lo que tenía que decirles Pablo. De todos los que por la Divinidad podrían haber sido traídos de nuevo de las sombras de la muerte, repito la afirmación, no tenemos ningún secreto contado. No tenemos ni un solo misterio desentrañado por todos ellos. Ahora, Dios sabe mejor. No compararemos nuestras suposiciones con la decisión divina. Si Dios decidió que los hombres resucitados debían guardar silencio, era mejor que así fuera. Su testimonio no habría servido de mucho o de poca ayuda para nosotros, o de lo contrario habría sido transmitido.

Pero, de nuevo, creo que nos asaltará la mente de inmediato, el que, si hoy mismo un hombre se levantara de su tumba y viniera aquí para afirmar la verdad del Evangelio, el mundo incrédulo no estaría más cerca de creer de lo que está ahora. Aquí viene el Sr. Crítico infiel. Niega las evidencias de la Biblia, evidencias que demuestran tan claramente su autenticidad, que estamos obligados a creer que es blasfemo o insensato, y le dejamos elegir entre los dos. Pero se atreve a negar la Verdad de las Sagradas Escrituras y piensa que todos los milagros por los que se atestigua son falsos y engañosos.

¿Cree que alguien que ha resucitado de entre los muertos convencería a un hombre así de creer? ¿Qué? Cuando toda la creación de Dios ha sido registrada por la mano de la ciencia y sólo ha dado testimonio de la verdad del Apocalipsis, cuando toda la historia de las ciudades enterradas y las naciones que han partido no ha hecho más que predicar la verdad de que la Biblia es verdadera, cuando cada franja de tierra del Este ha sido una exposición y una confirmación de las profecías de las Escrituras. Si los hombres aún no están convencidos, ¿cree que un muerto que se levante de la tumba los convencerá?

No. Veo que el crítico blasfemo ya está armado para su presa. Escúchalo... "No estoy seguro de que alguna vez haya estado muerto, señor. Usted profesa haber resucitado de entre los muertos. No le creo. Dice que ha estado muerto y que ha ido al cielo. Mi querido hombre, estabas en trance. Debe traer una prueba del registro parroquial de que estaba muerto". Se trae la prueba de que estaba muerto. "Bueno, ahora debes probar que fuiste enterrado". Se prueba que fue enterrado y se prueba que algún sacristán de los viejos tiempos tomó sus huesos secos y arrojó su polvo al aire.

"Eso es muy bueno. Ahora quiero que pruebes que eres el mismo hombre que fue enterrado". "Bueno, lo soy, sé que lo soy. Le digo que como un hombre honesto he estado en el cielo y he vuelto de nuevo". "Bueno, entonces", dice el infiel, "no es coherente con la razón. Es ridículo suponer que un hombre que estaba muerto y enterrado pueda volver a la vida y por eso no te creo. Se lo digo directamente a la cara". Así es como los hombres le responderían.

Y en lugar de tener sólo el pecado de negar muchos milagros, los hombres tendrían que añadir la culpa de negar otro. Pero no estarían ni siquiera un diezmo más cerca de la condena. Y ciertamente, si la maravilla se hiciera en alguna tierra lejana y sólo se informara al resto del mundo, puedo suponer que todo el mundo infiel exclamaría, "Simples cuentos infantiles y tales tradiciones han estado vigentes en otros lugares. Pero somos hombres sensatos, no los creemos".

Aunque un cementerio cobrara vida y se pusiera de pie ante el infiel que niega la verdad del cristianismo, declaro que no creo que haya suficiente evidencia en todos los cementerios del mundo para convencerlo. La infidelidad todavía lloraría por algo más. Es como la sanguijuela. Grita, "¡Dame, dame!" Demuestra un punto a un infiel y quiere que se demuestre

de nuevo. Aunque le quede claro como el mediodía por el testimonio de muchos testigos, pero no lo cree. De hecho, sí lo cree, pero finge no hacerlo y es un infiel a pesar de sí mismo. Pero ciertamente la resurrección del muerto valdría poco para la convicción de tales hombres.

Pero recuerden, mis queridos amigos, que la clase más numerosa de incrédulos son un conjunto de personas que nunca piensan en absoluto. Hay un gran número de personas en esta tierra que comen y beben y todo lo demás, pero no piensan. Al menos piensan lo suficiente como para bajar las persianas de sus tiendas por la mañana y subirlas por la noche. Piensan lo suficiente para saber un poco sobre el aumento de los fondos, o el tipo de interés, o algo así como la forma en que se venden los artículos o el precio del pan. Pero parece que sus cerebros no les sirven para nada, excepto para meditar sobre el pan y el queso.

Para ellos la religión es un asunto de muy poca importancia. Se atreven a decir que la Biblia es muy verdadera. Se atreven a decir que la religión está bien, pero a menudo no les preocupa mucho. Suponen que son cristianos. ¿No fueron bautizados cuando eran bebés? Deben ser cristianos, al menos eso suponen, pero nunca se sientan a preguntar qué es la religión. A veces van a la iglesia y a la capilla y a otros lugares, pero no significa mucho para ellos. Un ministro puede contradecir a otro, pero no lo saben. Se atreven a decir que ambos tienen razón. Un ministro puede caer en una falta con otro en casi todas las doctrinas.

No les importa y pasan por alto la religión con la extraña idea: "Dios Todopoderoso no nos preguntará adónde fuimos, me atrevo a decir". No ejercen sus juicios en absoluto. El pensamiento es un trabajo tan duro para ellos que nunca se preocupan por ello. Si un hombre resucitara de entre los muertos mañana, esta gente nunca se asustaría. Sí, sí, irían a verlo una vez, como van a ver cualquier otra curiosidad, el esqueleto viviente, o Pulgarcito. Hablarían mucho de él y dirían, "Hay un hombre que ha resucitado de entre los muertos", y posiblemente alguna tarde de invierno podrían leer uno de sus sermones, pero nunca se darían problemas para pensar si su testimonio valía algo o no.

No, son tales bloques que nunca podrían ser removidos. Y si el fantasma viniera a cualquiera de sus casas, lo más que sentirían sería que están con un miedo terrible. Pero en cuanto a lo que dijo, eso nunca ejercitaría sus cerebros de plomo y nunca agitaría sus sentidos de piedra. Aunque uno se levantara de la muerte, la gran mayoría de esta gente nunca se vería afectada. Y, además de mis amigos, si los hombres no creen en el testimonio de Dios, es imposible que crean en el testimonio del hombre. Dios habló desde la cima del Sinaí y por Moisés en el Libro de la Ley. Habló por los muchos Profetas del Antiguo Testamento y especialmente Su propia Palabra por Su propio Hijo, que ha sacado a la luz la inmortalidad por el Evangelio. Si estos no pueden convencer a los hombres, entonces no hay nada en el mundo que pueda por sí mismo realizar la obra. No, si Dios habla una vez, pero el hombre no lo considera, no hay que sorprenderse de que tengamos que predicar muchas veces sin ser

considerados. Y no debemos albergar la idea de que algunos hombres que han resucitado de la muerte tengan un mayor poder de convicción que las palabras de Dios.

Si esta Biblia no es suficiente para convertirte, aparte del Espíritu (y ciertamente no lo es), entonces no hay nada en el mundo que pueda, aparte de Su influencia. Y si la revelación que Dios ha dado de su Hijo Jesucristo en este libro bendito, si la Sagrada Escritura no es en las manos de Dios lo suficiente como para llevarte a la fe de Cristo, aunque un ángel del cielo o los santos de la gloria, aunque Dios mismo descendiera a la tierra para predicarte, seguirías sin ser salvo ni bendecido. "Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán, aunque alguno se levante de los muertos". Ese es el primer punto.

2. Se imagina, sin embargo, que, si uno de los "espíritus de los justos hechos perfectos" viniera a la tierra, aunque no diera un testimonio muy satisfactorio a los espíritus de los escépticos, todavía podría dar abundante información sobre el reino de los cielos. "Seguramente", dirían algunos, "si Lázaro hubiera venido del seno de Abraham, podría haber narrado un cuento que nos hubiera puesto los pelos de punta mientras hablaba de los tormentos del rico". Seguramente, si hubiera mirado desde las puertas de la felicidad, podría habernos hablado del gusano que no muere y del fuego que nunca puede ser apagado, algunos detalles horribles, algunas palabras emocionantes de horror y de terror que podría haber pronunciado, que nos habría revelado más del futuro estado de los perdidos de lo que sabemos ahora".

"Y", dice el creyente con ojos resplandecientes, "si hubiera venido a la tierra podría habernos hablado del eterno descanso de los santos, podría habernos representado esa gloriosa ciudad que tiene al Señor Dios como su luz eterna, cuyas calles son de oro y sus puertas de perlas. Oh, qué dulcemente habría cantado en el seno de Cristo y la felicidad de los bienaventurados. Él ha estado..."

***"Arriba, donde las edades eternas ruedan;
donde los placeres sólidos nunca mueren,
y los frutos inmortales dan un festín al alma".***

Seguramente habría traído consigo algunos puñados de los racimos de Escol. Habría sido capaz de contarnos algunos secretos celestiales que habrían animado nuestros corazones, y nos habrían hecho sentir orgullosos de correr la carrera celestial y poner un coraje alegre".

¡Alto! Eso también es un sueño. Un espíritu de los justos que desciende del cielo no podría decirnos nada más que nos sirva de lo que ya sabemos. ¿Qué más podría decirnos ese espíritu del Cielo sobre los dolores del Infierno de lo que ya sabemos? ¿No es la Biblia lo suficientemente explícita? ¿No describieron los labios de Cristo terriblemente el lago de fuego? ¿No nos dijo Él, quien está por encima de los hombres, en un lenguaje temible, que

Dios diría al final: "Apartaos, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles"? ¿Necesitas palabras más emocionantes que éstas? "El gusano que no muere y el fuego que no se apaga". ¿Necesitas más advertencias terribles que estas: "Los malvados serán arrojados al infierno, con todas las naciones que se olvidan de Dios"? ¿Quieres más advertencias terribles que estas?

"Quien entre nosotros morará con llamas eternas". ¿Qué? ¿Quieres una declaración más completa que las palabras de Dios? "Tofet" está preparado desde hace tiempo. Su pila es fuego y mucha madera. El aliento del Señor como un arroyo de azufre lo enciende". No puedes querer más de lo que las Escrituras dan de eso. Incluso si intentas huir y escapar. Dices que la Biblia es demasiado horrible y te dice demasiado sobre la condenación y el infierno. Señores, si piensan que hay demasiado allí y por lo tanto lo rechazan, ¿se pondrían de pie por un instante para escuchar a alguien que debería decirles más? No. No queréis saber más, ni os serviría de nada si lo hiciera.

¿Necesita más detalles sobre el Juicio, ese día de ira al que cada uno de nosotros se está acercando? ¿No se nos dice que el rey "se sentará en el trono de Su gloria y ante Él se reunirán todos los pueblos? ¿Y los separará a unos de otros, como el pastor separa las ovejas de las cabras"? Supongamos que hay alguien aquí que ha visto la solemne preparación para el gran Tribunal, que se ha parado donde el Trono va a ser plantado y ha observado el futuro con un ojo más penetrante que el nuestro. ¿Pero de qué nos serviría? ¿Podría decirnos más de lo que las Sagradas Escrituras nos han dicho ahora, al menos, algo que sea más provechoso? Tal vez no sepa más que nosotros. Y estoy seguro de que no podría decirnos más sobre la regla del juicio de lo que sabemos ahora.

Espíritu que ha regresado de otro mundo, dime, ¿cómo se juzga a los hombres? ¿Por qué son condenados? ¿Por qué se salvan? Le oigo decir: "Los hombres son condenados por el pecado. Lee los Diez Mandamientos de Moisés y encontrarás las diez grandes condenas por las que los hombres son cortados para siempre". Ya lo sabía antes, brillante Espíritu. ¡No me has dicho nada! "No", dice, "y no puedo decir nada". "Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, estaba enfermo y no me visitasteis, estuve en prisión y no me visitasteis. Por lo tanto, en la medida en que no lo hicisteis a uno de los más pequeños de estos Mis hermanos, no lo hicisteis conmigo. ¡Apartaos, malditos!"

"Entonces, Espíritu, ¿era esa la palabra del Rey?" "Lo fue", dice él. "Yo también he leído eso. No me has dicho nada nuevo". Si no sabes la diferencia entre lo correcto y lo incorrecto leyendo las Escrituras, no lo sabrías si un espíritu te lo dijera. Si no conoces el camino al infierno y el camino al cielo a partir de la Biblia misma, nunca lo sabrías. Ningún libro podría ser más claro, ninguna revelación más distintiva, ningún testimonio más claro. Y ya que, sin la obra del Espíritu, estos testimonios son insuficientes para la salvación, se deduce que ninguna otra

declaración serviría. La salvación se atribuye enteramente a Dios y la ruina del hombre sólo al hombre. ¿Qué más podría decirnos un espíritu que una declaración clara de las dos grandes verdades: "Te perdiste, oh Israel, más en mí está tu ayuda."?

Amados, repetimos solemnemente, que la Sagrada Escritura es tan perfecta y tan completa, que no puede querer el suplemento de ninguna declaración sobre un estado futuro. Todo lo que debéis saber sobre el futuro lo podéis saber por la Sagrada Escritura. No es correcto decir con Young.

***"Mis esperanzas y miedos se levantan alarmados,
y sobre el estrecho margen de la vida miran hacia abajo,
¿sobre qué? Un abismo sin fondo,
una temible eternidad".***

No está bien decir eso, como si fuera todo lo que sabemos. ¡Bendito sea Dios, el santo no mira hacia abajo a un abismo sin fondo! ¡Mira hacia la "ciudad celestial que tiene cimientos, cuyo Constructor y Hacedor es Dios"!

Ni siquiera los malvados miran hacia un abismo desconocido, porque para ellos está claramente revelado. Aunque "ojo no vio, ni oído oyó" las torturas de los perdidos, la Sagrada Escritura nos ha hablado suficientemente de ellos para que sea un camino bien trazado, de modo que cuando se encuentren con la muerte, el infierno y el terror, no será algo nuevo. Porque ya han oído hablar de ello y se les ha revelado claramente. Nada más podíamos saber que fuera de utilidad. Recuerden, hermanos y hermanas, si saber más del estado futuro fuera una bendición para nosotros, Dios no nos lo ocultaría. No se nos puede decir nada más. Si lo que sabéis no os persuade, "tampoco se persuadirán, aunque alguno se levante de los muertos".

3. Sin embargo, algunos dicen, "CIERTAMENTE, SI NO HUBIERA GANANCIA EN EL ASUNTO, SIN EMBARGO, HABRÍA UNA GANANCIA EN LA MANERA. Oh, si un espíritu así hubiera descendido de las esferas, ¿cómo predicaría? ¡Qué elocuencia celestial fluiría de sus labios! ¡Cuán majestuosamente pronunciaría su discurso! ¡Cuán poderosamente conmovería a sus oyentes! ¡Qué palabras tan maravillosas pronunciaría! ¡Qué frases que podrían sobresaltarnos y hacernos temblar con su influencia emocionante! No habría ninguna torpeza en tal predicador. No cansaría el escucharlo. No habría ninguna falta de afecto en él y seguramente ninguna falta de seriedad. Podríamos estar contentos de oírle todos los días y no cansarnos nunca de su maravilloso discurso. Tal predicador nunca ha oído la tierra. ¡Oh, si él viniera! ¡Cómo escucharíamos!" ¡Alto! Eso, también, no es más que un sueño.

Creo que Lázaro del seno de Abraham no sería tan buen predicador como un hombre que no ha muerto, pero cuyos labios han sido tocados con un carbón vivo del altar. En lugar de ser mejor, no veo que sea tan bueno. ¿Podría un espíritu del otro mundo hablarte más

solemnemente de lo que Moisés y los Profetas han hablado? ¿O podrían hablar más solemnemente de lo que tú ya has escuchado en otros tiempos? Señores, algunos de ustedes han escuchado sermones tan solemnes como la muerte y tan serios como la tumba. Puedo recordar algunas de vuestras temporadas pasadas en las que os habéis sentado bajo el sonido de la Palabra preguntándoos y temblando todo el tiempo. Parecía como si el ministro hubiera tomado para sí, por la gracia de Dios, el arco y las flechas y estuviera haciendo de su conciencia el blanco al que apuntaban sus dardos.

No has sabido dónde estabas, has estado tan gravemente asustado y aterrorizado que tus rodillas se juntaron y tus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Qué más quieres que eso? Si esa solemne predicación de algún poderoso predicador a quien Dios ha inspirado para este tiempo, si eso no os ha salvado, ¿qué puede salvaros, aparte de la influencia del Espíritu Santo? Y oh, han escuchado una predicación más solemne que esa. Una vez tuviste una pequeña hija, esa hija tuya había estado en la Escuela Sabática. Volvió a casa y estuvo enferma hasta la muerte. La observaste noche y día y la fiebre le subió. Y viste que iba a morir.

Aún no has olvidado cómo tu pequeña hija María te predicó un sermón que fue realmente solemne, justo antes de irse tomó tu mano con su pequeña mano y dijo, "Padre, me voy al cielo". ¿Me seguirás?" Ese fue un sermón solemne para ti. ¿Qué más podría haber dicho un muerto? No has olvidado cómo cuando tu padre yacía moribundo (un hombre santo de Dios que había sido en su día y servía bien a su Maestro), tú y tus hermanos y hermanas se pararon alrededor de la cama y él se dirigió a ustedes uno por uno. ¡Mujer! No has olvidado aún, a pesar de todo tu pecado y maldad desde entonces, cómo te miró a la cara y te dijo: "Hija mía, era mejor para ti que nunca hubieras nacido que ser una despreciadora de Cristo y una abandonadora de su salvación".

Y no habéis olvidado cómo miró cuando con lágrimas solemnes en sus ojos se dirigió a vosotros y dijo: "Hijos míos, os exhorto por la muerte y por la eternidad. Os encargo que si amáis a vuestras propias almas no despreciéis el Evangelio de Cristo. Dejad vuestras locuras y volveos a Dios y vivid". ¿Qué predicador quieres mejor que ese? ¿Qué voz más solemne que la de tu propio padre en los confines de la eternidad?

Y aún no has escapado de la influencia de otra escena solemne. Tenías un amigo, un supuesto amigo. Era un traidor, uno que vivía en pecado y se rebeló contra Dios con una mano alta y un brazo extendido. Lo recuerdas en su lecho de muerte, cuando yacía cerca de la muerte y los terrores se apoderaron de él. Las llamas del infierno comenzaron a apoderarse de él antes de que partiera. Aún no has olvidado sus gritos, no has sacado del todo de tu visión en los sueños, esa mano a través de la cual las uñas casi fueron atravesadas en agonía, y esa cara, contorsionada con un espantoso temblor de consternación. No has escapado aún de ese horrible grito con el que el espíritu entró en el reino de las tinieblas y abandonó la tierra de

los vivos. ¿Qué más quieres de un predicador? ¿Habéis oído esta predicación y aun así no os habéis arrepentido? Entonces, en verdad, si después de todo esto todavía estáis endurecidos, tampoco se persuadirán, aunque alguno se levante de los muertos.

Ah, pero dices que quieres que alguien te predique con más sentimiento. Entonces, señor, no puede tenerlo en el predicador que desea. Un espíritu del cielo no podría ser un predicador con sentimientos. Sería imposible para Lázaro, que había estado en el seno de Abraham, predicarte con emoción. Como un ser perfecto, por supuesto que debe ser sumamente feliz. Imagina esta mañana un ser sumamente feliz predicándote sobre el arrepentimiento y la ira de Dios. ¿Lo veis? Hay una plácida sonrisa en su frente. La luz del cielo dora su rostro, habla de los tormentos del Infierno, era lugar de suspiros y gemidos, pero no puede suspirar, su rostro está tan plácido como siempre.

Él está hablando de los tormentos de los malvados, es el momento de las lágrimas. No puede llorar. Eso es incompatible con la bienaventuranza. El hombre está predicando cosas terribles con una sonrisa en su rostro. Tiene el verano en la frente y el invierno en los labios, el cielo en los ojos y el infierno en la boca. No podrías soportar a un predicador así, parecería que se burla de ti. Sí, se necesita un hombre para predicar a un hombre como vosotros. Uno que sea capaz de sentir. Necesitamos uno que, cuando predica de Cristo, sonría a sus oyentes con amor, que, cuando hable de terror, tiemble en su propio espíritu mientras pronuncia la ira de Dios. El gran poder de la predicación, junto al poder del Espíritu de Dios, reside en que el predicador lo sienta.

Nunca haremos mucho bien en la predicación a menos que sintamos lo que decimos. "Conociendo el temor del Señor persuadimos a los hombres". Ahora un espíritu glorificado del cielo no podría sentir estas cosas. Sólo podía mostrar poca emoción. Ciertamente, podía hablar de las glorias del Cielo. Y cómo su rostro se volvería más y más brillante, mientras cuenta las maravillas de ese mundo superior, pero cuando venga a exclamar, "Huye de la ira que viene", la voz sonaría tan dulce cuando hable de la muerte y el juicio, como cuando hable de la gloria. Y eso provocaría una triste discordia, ya que el sonido no respondería a los sentidos, ya que las modulaciones de su voz no serían aptas para expresar la idea en la mente.

Un predicador así no podía ser un predicador poderoso, aunque volviera de la muerte. Y una cosa podemos decir: no podría predicar más cerca de la Verdad que lo que se ha predicado. No diré que se les ha puesto la predicación muy cerca de ustedes desde el púlpito, pero a veces me he esforzado por ser muy personal, no he evitado señalar a algunos de ustedes en la congregación y darles una palabra de reprimenda, para que no se equivoquen. Si supiera que alguno de ustedes está pecando, no los perdonaría. Bendigo a Dios por no tener miedo de ser un predicador personal y disparar la flecha a cada hombre por separado cuando lo necesite.

Pero, sin embargo, no puedo predicarles a ustedes como lo haría. Todos ustedes piensan que está dirigido a su prójimo, cuando es a usted mismo. Pero usted ha tenido un predicador personal una vez. Hubo un gran predicador llamado a su casa un día, su nombre era Cólera. ¡Un predicador terrible! Con palabras sombrías y acento duro vino y puso su mano sobre tu esposa. Y luego puso su otra mano sobre ti y te pusiste frío y casi rígido. ¿Recuerdas cómo te predicó entonces? Hizo resonar tu conciencia una y otra vez. No te dejaba estar quieto. Lloró en voz alta sobre tu pecado y tu iniquidad. Sacó a la luz toda tu vida pasada y revisó toda tu mala conducta.

Desde tu niñez hasta entonces te guió a través de todas tus andanzas, y luego tomó el látigo de la Ley y comenzó a arar tu espalda con surcos. Te asustó con "la ira venidera". Enviaste a buscar al ministro, le pediste que orara. Pensaste que orabas tú mismo. Y después de todo eso, que había venido en un recado infructuoso, no te hizo ningún bien. Te habías asustado un poco y te habías agitado un poco, pero hoy eres lo que eras entonces, no salvado y no convertido. Entonces, señor, no se convertiría, aunque alguno se levantara de los muertos.

Has naufragado en el mar. Has sido arrojado a las fauces de la tumba por la fiebre. Casi te matan por accidente. Y aun así, con toda esta predicación personal y con el Sr. Conciencia retumbando en tus oídos, hoy eres un inconverso. Entonces aprende esta verdad, que ningún medio externo en el mundo puede llevarte a los pies de la Gracia Divina y hacerte cristiano, si Moisés y los Profetas han fallado. Todo lo que se puede hacer ahora es esto, Dios el Espíritu debe bendecir la Palabra para ti. De lo contrario, la conciencia no puede despertarte, la razón no puede despertarte, las poderosas apelaciones no pueden despertarte, la persuasión no puede llevarte a Cristo. Nada lo hará excepto Dios el Espíritu Santo.

Oh, ¿te sientes atraído esta mañana? ¿Alguna dulce mano te atrae a Cristo y alguna voz bendita dice: "Ven a Jesús, pecador"? Hay esperanza para ti. Eso es el Espíritu de Dios. Bendito sea por ello. Él te está atrayendo con las cuerdas de amor y las cuerdas de un hombre. Pero, oh, si no te atrae y te deja solo, seguramente morirás.

Hermanos y hermanas en la fe, elevemos nuestras oraciones a Dios por los pecadores para que sean atraídos a Cristo. Que sean llevados a venir, todos culpables y agobiados y que miren a Jesús para ser iluminados. Y que sean persuadidos, por el poder vivificante del Espíritu, a tomar a Cristo como su "todo en todo", sabiendo que ellos mismos no son "nada en absoluto". Oh Dios el Espíritu Santo bendice estas palabras, por el bien de Jesucristo. Amén y amén.